

ACONTECIMIENTOS EN EL SUDESTE ASIATICO

La proclamación, el 15 de septiembre, de la Federación de Malasia, supuso el desencadenamiento de la hostilidad de Indonesia. Si bien es cierto que tampoco Filipinas ha reconocido el nuevo Estado y que mantiene sus reclamaciones, su actitud ha mostrado una corrección y mesura que en ningún modo ha manifestado Indonesia. Es más, el presidente Macapagal, tan sólo doce días después de proclamada la Federación, anunciaba una serie de condiciones razonables para reconocerla, es decir se situaba en el terreno constructivo de las negociaciones. El caso de Indonesia es muy distinto. Al día siguiente de llevarse a cabo la Federación, en Yakarta fueron asaltadas las Embajadas de Malaya y Gran Bretaña por las turbas. Los manifestantes arrojaron piedras, rompiendo todos los cristales y desgarraron y quemaron la bandera británica en una jornada de violento paroxismo que culminó, dos días más tarde, con el definitivo saqueo e incendio de la Embajada británica y el incendio de doce vehículos de los funcionarios de la misma. A duras penas pudo evitarse que fueran asesinados los miembros de la Misión diplomática por los manifestantes enfurecidos. Para reforzar el carácter antibritánico del sentir gubernamental, los sindicatos indonesios comenzaron la ocupación arbitraria de todas las Compañías de dicha nacionalidad, así como la totalidad de los bienes y plantaciones de caucho, té y café.

El hecho de que, pese a sus amenazas, se llevase adelante la creación de la Federación, no ha sido obvio para que Indonesia prosiga su hostilidad, ejercida en todos los terrenos, a la Federación Malasia, que inició aun antes de la Constitución oficial. No vamos a detallar la prolongada serie de acontecimientos que se vienen sucediendo, pero como muestra más reciente de la inquietante tensión que amenaza la paz formal en aquella región está la acusación indonesia presentada el 8 de enero en la O. N. U. contra las fuerzas malayas y británicas que operan en los territorios septentrionales de Borneo,

a las que se hace responsable de numerosas violaciones del territorio y del espacio aéreo indonesio que, se afirma, ocurrieron entre el 10 de septiembre y el 22 de diciembre de 1963. Mientras la batalla diplomática prosigue en el Organismo internacional, los voluntarios indonesios se infiltran más allá de las fronteras y sostienen diarias escaramuzas con las tropas británicas y malayas produciéndose un continuo balance de víctimas (sólo en una emboscada tendida el 26 de noviembre murieron 45 soldados ingleses) y daños por estas acciones de tipo bélico. Las autoridades de Yakarta no dudan en utilizar todos los medios que puedan perjudicar la vida de la Federación. A primeros de octubre aparecieron lanchas cañoneras indonesias que se dedican a perturbar la navegación de cabotaje y obligan a los pesqueros malayos a alejarse de sus zonas habituales de trabajo bajo severas amenazas en caso de reincidencia.

Es decir, que en el momento actual nos encontramos con que una guerra, no declarada, de guerrillas se viene desarrollando desde hace cuatro meses en los territorios septentrionales de la isla de Borneo, en cuyas operaciones militares están implicadas tropas de tres Estados (Gran Bretaña, Malasia e Indonesia). Ciertamente que es una guerra en tono menor, pero persiste y se corre el peligro de que en cualquier momento pueda intensificarse de modo alarmante, así como se amplíe el número de los contendientes, llegándose a un conflicto amplio y muy difícil de localizar. Estos temores se deben a que Australia, por boca de su primer ministro, Menzies, declaró el 25 de septiembre que «aportará ayuda militar a Malasia si ésta es objeto de una invasión armada o de actividad subversiva sostenida, dirigida o inspirada desde el extranjero». La determinación es firme y plantea una posibilidad de intervención, porque Indonesia está ejerciendo precisamente ese sostén, dirección y apoyo que puntualiza el primer ministro australiano. En el mismo sentido, el 6 de diciembre, el primer ministro de Nueva Zelanda, Holyoake, declaraba oficialmente que su país no permanecería con los brazos cruzados en el caso de un ataque armado a la Federación de Malasia. La insensata continuación de las agresiones indonesias—máxime cuando el Gobierno británico de Home ha declarado que no se dejará intimidar por Yakarta—, amenaza con engendrar un conflicto bélico de vasto alcance cuyas repercusiones son difíciles de predecir. Esto explica que el ministro de Asuntos Exteriores de Tailandia haya celebrado el 15 de noviembre una gestión de mediación con su colega indonesio y que el viceministro japonés de Asuntos Exteriores, Takio Oda, verificase gestiones análogas aunque, en sus de-

claraciones del 19 de noviembre, reconociese que su mediación no había alcanzado el éxito.

El problema de la Federación de Malasia es uno de los que han mostrado unanimidad de criterios entre la U. R. S. S. y la República Popular China, puesto que ambos declararon que su formación «estaba concebida con el objetivo de impedir el crecimiento de los movimientos comunistas en el Sudeste asiático». Ambos coincidían, también, en que el Gobierno malayo era extremadamente anticomunista y, consecuentemente, le acusaron de «dacyo del imperialismo y del neocolonialismo del siglo xx». La Organización comunista Federación Mundial de la Juventud Democrática, en su reunión de Varsovia de 1962, aprobó una resolución diciendo: «Enfrentados al creciente fortalecimiento del movimiento anticolonialista, los imperialistas británicos están empleando manos nativas, particularmente de aquellos círculos gubernamentales de la Federación de Malaya, que fueron siempre criados leales de los imperialistas británicos... En realidad están tratando de ir más lejos, con sus manos empapadas en la sangre del pueblo masacrado de la Federación de Malaya, hacia otros territorios.»

Consecuencia de este punto de vista es el redoblado celo que han aplicado para estimular la hostilidad indonesia hacia el nuevo Estado. Resulta claro que Sukarno no había pensado, en un principio, en reclamar los territorios del Norte de Borneo. Había manifestado, por el contrario, de forma clara y terminante, que no tenía más reclamaciones territoriales después que se hubo resuelto a su satisfacción el pleito del Irián. Pero el poderío que supone en Indonesia el partido comunista, elemento necesario a Sukarno para contrapesar la influencia militar, le ha estimulado a lanzarse a una nueva aventura bélica muy en consonancia con su temperamento turbulento.

La constitución de la Federación de Malasia, en efecto, supone un serio contratiempo para los planes de Pekín, que espera que una simple Federación de Malaya y Singapur—al contar con una mayoría de chinos en gran parte favorables al maoísmo—podría fácilmente transformarse en un satélite de la República Popular. En efecto, frente a una población malaya de 3.125.474 almas en Malaya y 197.000 en Singapur, tenemos 2.333.756 chinos en Malaya y 1.090.595 en Singapur. La sola unión de Malaya y Singapur daría, respectivamente, una población de 3.322.534 malayos y 3.424.351 chinos. Esta fórmula de unión, por tan obvios motivos, es la que estimulaba Pekín. Pero, ahora, con la integración de Sarawak y Norte de Borneo, las poblaciones totales pasan a ser de 4.139.840 malayos y 3.758.047 chinos.

Aunque la mayoría malaya es leve, a ella hay que agregar los 825.805 indios, opuestos tradicionalmente a la población amarilla, y 199.945 de otras minorías que también les son, en su mayoría, hostiles.

Viendo esfumarse la posibilidad inmediata de uncir un nuevo vasallo, Pekín ha preferido estimular a Indonesia a la agresión para que, apoderándose de los territorios septentrionales de Borneo, quedase nuevamente limitada la posibilidad de unión a la de Malaya y Singapur. Sin olvidar con que cuenta con la baza de que al fallecimiento de Sukarno el potente partido comunista indonesio podría muy bien adueñarse del Poder.

El problema de la Federación Malasia sigue envenenando las relaciones con Filipinas, que persiste en su actitud de negarse a reconocerla. El antagonismo común frente a la Federación está uniéndose estrechamente en sus acciones a Filipinas e Indonesia. Recientemente, el 8 de enero, se reunieron en Manila el presidente indonesio, Sukarno, y el de Filipinas, Macapagal, para tratar de su postura conjunta ante la Federación. Que Indonesia, llevada de su probada belicosidad, adopte, una vez más, posturas airadas y amenazadoras, no puede sorprender. Es la reiteración del procedimiento que le proporcionó fruto tan excelente en Nueva Guinea. En cuanto a Filipinas, hemos expuesto ya en otro trabajo anterior las razones que esgrime para su reivindicación del Borneo del Norte¹ y, por ello, no vamos a insistir en el asunto. Pero no deja de causar preocupación que esta reivindicación lleve a la querida República a tan estrecho contacto con otro Estado, como Indonesia, de dilatado historial antioccidental, como consecuencia del fuerte predominio comunista en el país. Por otra parte, la fidelidad a lo pactado no es norma habitual en los países sujetos a la influencia comunista y cabe preguntarse si, en la eventualidad de que una acción concertada de ambos países produjera la ruptura de la Federación Malasia, Indonesia no procedería, simplemente, a redondear su dominio de Borneo haciendo caso omiso de las razones históricas que apoyan la reivindicación filipina. Lo cual sería más que probable si desapareciese Sukarno y el comunismo se instalase plenamente en el Poder. No pueden pasarse por alto los riesgos que implica este juego cuya complicación resulta evidente².

¹ J. COLA ALBERICH: «La Federación de Malasia, el Kalimantan Utara y las reivindicaciones filipinas sobre el Norte de Borneo», *POLÍTICA INTERNACIONAL*, núm. 66.

² Tales circunstancias pueden haber pesado en el ánimo del presidente Macapagal, cuyas dotes de estadista son innegables, cuando, a mediados de enero, hacía una gestión cerca del príncipe Sihanuk de Camboya para que interpusiera sus buenos oficios.

El derrocamiento y asesinato del presidente Ngo Dinh Diem, debido en gran parte a la instigación norteamericana como consecuencia del último y fatal error de Kennedy, ha provocado una situación de franca inestabilidad en zona tan neurálgica del Sudeste asiático. La actuación del Comité Revolucionario, que preside el general Minh, parece encaminada más que a ganar la guerra contra el Vietcong—como había anunciado inmediatamente después de hacerse cargo del poder—a preparar el terreno para una neutralización al estilo de Laos. Los Estados Unidos, que en estos casos actúan efectivamente como el «tigre de papel» de la burla china, están cansados de invertir cuantiosas sumas de dólares, considerable material y de experimentar pérdidas humanas en una guerra cuyo final no vislumbran. Buscando una retirada que no parezca demasiado deshonrosa, fomentaron la destitución de Diem, aunque no pensaran en su asesinato, para poder desligarse más fácilmente de los compromisos contraídos con el íntegro político de Saigón. Que esta neutralización está en la mente de los actuales dirigentes surgidos de la revuelta contra Diem y que, tal vez, está en camino de ser

de mediación con el jefe del Gobierno de la Federación de Malasia, Abdul Rahman. Cumpliendo el encargo del presidente filipino, llegaba el príncipe Sihanuk a Kuala Lumpur y con tanto éxito supo cumplir su misión que, tres días más tarde, se anunciaba que la «reconciliación» entre Abdul Rahman y Macapagal tendrá lugar el próximo mes de febrero. Es evidente que el buen sentido se va imponiendo en este espinoso asunto y que unas negociaciones objetivas pueden conducir a la resolución de un pleito que, de envenenarse innecesariamente, sólo graves quebrantos podría causar a los protagonistas. El optimismo se acrecienta al considerar que las conversaciones verificadas por las mismas fechas, del secretario de Justicia norteamericano, Robert Kennedy, en Tokio y Yakarta, con el presidente de Indonesia han concluido con un orden de «alto el fuego» dada por Sukarno a sus fuerzas armadas—con lo que se establece una precaria paz en tan neurálgico punto del Globo—y su consentimiento a una Conferencia que le reuniese con Macapagal y Abdul Rahman para buscar una solución definitiva al conflicto.

Pero este optimismo a que aludimos debe ser aceptado con extraordinaria moderación, puesto que la aceptación por Sukarno de una Conferencia en Bangkok puede considerarse como una concesión a los sentimientos pacifistas de Macapagal. Sukarno ha puesto en claro que su participación en dicha Conferencia «no presupone en forma alguna su reconocimiento» de la Federación de Malasia. Y, también, que su aceptación provisional del «alto el fuego» no altera la «campaña indonesia para aplastar a la Federación» que sigue siendo el objetivo supremo. En estas condiciones resulta difícil el hallazgo de una solución satisfactoria para los tres Estados y es de temer que sigan ensangrentándose aquellos remotos territorios, con peligro inminente de una explosión de tipo general.

realizada sigilosamente, lo demuestra el que el príncipe Sihanuk de Camboya declarase públicamente, el 3 de diciembre, que «Si el Vietnam del Sur realiza su estatuto de neutralidad, Camboya estará de acuerdo con formar con él una Confederación de Estados asociados en pie de igualdad mediante la cual nuestros dos países constituirían una fuerza real en el Sudeste de Asia.» Es decir, que el jefe del Estado camboyano piensa que la neutralidad del Vietnam meridional puede ser un hecho, y cuando efectúa tales afirmaciones es indudable que posee información digna de criterio, máxime si consideramos que algunas de las figuras de más relieve en el régimen actual habían permanecido exiliados en Camboya, mientras Diem gobernó el país, y que durante su larga estancia allí establecieron sólidos vínculos de amistad con Sihanuk³.

Ahora bien, tanto si llega a realizarse como si aborta esa confederación, un país quedará desplazado del Sudeste asiático: los Estados Unidos. La incomprensible ceguera de los gobernantes norteamericanos no les permitió, concretamente al paradójico Kennedy, vislumbrar que sólo Diem jugaría a ultranza la Carta de Washington. Para persistir en semejante actitud—impopular en toda Asia y, aun, en todo país subdesarrollado—hacen falta convicciones tan sólidamente arraigadas y unas dotes de mando tan firmes que es dudoso creer que puedan prodigarse. Diem fué la excepción, y si Washington creyó que al apoyar a otros militares, a los que nutrió con su ayuda, iba a encontrar un rédito de gratitud, se equivoca totalmente. Los nuevos gobernantes no están tan desprovistos de sentido político que no comprendan que la alianza militar con los Estados Unidos les priva de la popularidad necesaria. El «neutralismo», un neutralismo hostil a Occidente y zalamero frente a las potencias comunistas, es la fórmula de segura viabilidad en el Extremo Oriente. Lo prueba que si el príncipe Sihanuk no ha encontrado

³ Ahora bien, los últimos acontecimientos sucedidos en el país vietnamita, cuando este número se hallaba en prensa, pueden alterar ciertos aspectos de este panorama que habíamos trazado. Se ha producido, el 29 de enero, un golpe de Estado que, al triunfar, ha llevado al Poder al general Nguyen Khanh. Según sus explicaciones, el motivo del alzamiento ha sido, precisamente, contener el proceso de neutralización del país que estaba, confirmando nuestras hipótesis, en avanzado estado de gestación y en el que habían influido, según parece, determinadas gestiones francesas contra las cuales ha expresado su enérgica repulsa la nueva Junta. Lo cierto es que Saigón, a pesar de estos intentos de galvanizar la opinión, manifiesta una peligrosa inestabilidad interna que no presagia acontecimientos favorables y que perjudica el logro de la unidad necesaria para proseguir la lucha contra los guerrilleros comunistas.

graves obstáculos en sus tareas de Gobierno es porque su fino olfato lo percibió hace tiempo y desde antaño viene practicando esa política que goza, por igual, de las bendiciones de Pekín y de Washington.

Es más, tratando de contraer los méritos suficientes para erigirse en el supremo líder del Sudeste asiático, el príncipe Sihanuk ha llevado a cabo recientemente un golpe maestro. El 19 de noviembre decidía poner fin inmediatamente a la ayuda norteamericana en todas sus formas y reclamar a Washington la salida de los consejeros norteamericanos que se hallaban entonces en el país. Para justificar esa posición, que hizo adoptar a mano alzada por un Congreso especial que agrupaba a 20.000 representantes del pueblo reunidos en Pnom Pehn, el príncipe Sihanuk denunció la actitud de los Estados Unidos que apoyan el movimiento rebelde los «jmers libres» instalado en Vietnam del Sur. Este reproche es, más bien, una ocasión cogida por los pelos para justificar una postura antiamericana que sería siempre bien recibida en los medios mundiales, que saben organizar mejor los alborotos. Así, a los dos días, el príncipe Sihanuk, en un discurso radiado, proponía la celebración de una conferencia de 14 naciones que garantizaran la neutralidad de su país. Previamente, el Gobierno norteamericano había aceptado dar por finalizado todos los programas de ayuda militar y económica a Camboya, aunque rechazaba la acusación de estar mezclados en las actividades de los rebeldes de la «Libre Camboya». Norodom Sihanuk se consideraba ya suficientemente apoyado militarmente por las potencias comunistas como para poder prescindir impunemente de los suministros de material norteamericano. El 1 de septiembre Camboya había recibido un regalo soviético de cuatro cazas «Mig» y 24 baterías DCA con radar. Entreveía la ocasión de reunir donativos más cuantiosos a medida que reforzase su postura antioccidental y, de tal modo, el 13 de diciembre daba el paso decisivo rompiendo sus relaciones diplomáticas con los Estados Unidos y retirando su embajador en Washington. Al propio tiempo declaraba que «vería con agrado la ruptura de relaciones diplomáticas ya que ello contribuiría, aunque parezca un contrasentido, a disminuir las posibilidades de un conflicto más grave entre los dos países». En los países del Extremo Oriente colindantes con el subcontinente chino la pérdida de prestigio de los Estados Unidos durante los últimos años ha sido tan vertiginosa que aun los favorecidos por su ayuda se consideran obligados a romper todos sus vínculos, por endeble que sean, para no hacer peligrar su estabilidad. Así, mantener vínculos amistosos con Washington, aunque sean superficiales, es el medio

más seguro de sufrir graves contratiempos. Como, por otra parte, los Estados Unidos han demostrado que cuando un aliado, por firme que pueda ser, se encuentra apurado, le vuelven la espalda, si mantener su amistad supone enojosas complicaciones, es posible que este ejemplo de Camboya cunda en los escasos países donde aún no se han producido análogas circunstancias. Por lo pronto, tenemos ya a Camboya prácticamente integrada en la órbita de Pekín, y el príncipe Sihanuk ha nombrado sucesor al príncipe Norodom Naradipo, de sólida formación comunista, puesto que se halla estudiando en Pekín desde hace tiempo, y que cuenta diecisiete años de edad. El 23 de noviembre, Sihanuk anunciaba la aceptación de «gran cantidad» de armamento procedente de China. Frente a estas realidades, carece de valor su afirmación de que sólo se «asociará al bloque comunista en caso de agresión exterior».

El resultado de esta política de eterna vacilación es que hoy Tailandia, el admirable país que ha sabido resistir todas las presiones que le empujaban a apartarse del camino que consideraba recto, se encuentra aislado. Desde antiguo pesan en sus fronteras las amenazas reiteradas de Camboya, que había roto sus relaciones con Bangkok el 23 de octubre de 1961. El 1 de agosto el Gobierno del príncipe Sihanuk había llamado la atención de la O. N. U. sobre «las amenazas de agresión que representan los movimientos de tropas tailandesas en la frontera jmer», debido a las cuales sacaría «todas las consecuencias y tomará las medidas necesarias para la protección y defensa del territorio nacional». Su acusación de que Bangkok estaba preparando la anexión de la provincia fronteriza de Koh Kong, tenía, evidentemente, la finalidad de atizar la guerra fría que se viene desarrollando, desde hace años, entre ambos países. A la inquietud que supone la actitud de Camboya, se suma últimamente la amenaza que depara un Laos oficialmente «neutralista», pero cada vez más inclinado al bando antioccidental como consecuencia del progreso interno del Pathet Lao, que se va adueñando, gradualmente, de todos los resortes del mando. Ante la escasa efectividad de las medidas de protección del Vietnam sureño resulta evidente que Bangkok ha de sentirse seriamente alarmado. Por otra parte, la muerte del mariscal Thanarat ha de introducir adicionales factores de perplejidad en el digno y próspero país tailandés. Los peones que mueve Pekín, estarán en estos momentos preparando celadas contra Tailandia, que, como los restantes países del Sudeste asiático, está considerada como territorio chino—denominado Hs'ien-Lo—que fué «declarado «independiente» bajo el control con-

ACONTECIMIENTOS EN EL SUDESTE ASIÁTICO

junto anglofrancés en 1904», según hace saber una publicación oficial de la República Popular China (*A Brief History of Modern China*, 1954). Como nota confortadora se presenta la amplia solidaridad volcada hacia Tailandia en mayo de 1962 cuando hizo crisis el pleito de Laos. La decidida postura que entonces manifestaron países como Australia y Nueva Zelanda se reiteraría en caso de amenaza grave y sería de más valor que la voluble ayuda norteamericana.

El colapso del régimen del presidente Diem ha de producir intensos movimientos de reajuste en el Sudeste asiático. Por toda la región cunde la impresión de que Washington busca un acuerdo con Ho Chi-minh convencido de su incapacidad de derrotar al Vietcong. Los pueblos asiáticos son muy sensibles a la demostración de fuerza, y la debilidad acusada por Occidente en Laos y Vietnam ha de estimular a otros países, siguiendo el ejemplo de Camboya, a subírsele a las barbas.

JULIO COLA ALBERICH.

1954-23-1-1

1954-23-1-1

1954-23-1-1

1954-23-1-1

1954-23-1-1

1954-23-1-1

1954-23-1-1

1954-23-1-1

1954-23-1-1

1954-23-1-1

1954-23-1-1

1954-23-1-1

1954-23-1-1

1954-23-1-1

CRONOLOGIA

